

La bella de Moscú



—¿Entonces?

Stanislav Albertovich no me respondió. Hundió la cabeza en el orificio resbaladizo y se arrastró gimiente, resoplante, tropezando en la oscuridad con elementos elásticos y firmes que flotaban como dirigibles a la deriva, pero que se hacían a un lado contra su voluntad para dejarlo pasar. Vapores nauseabundos subían a su nariz; se sofocaba, pero se arrastraba más adelante mascullando sílabas latinas que en su boca parecían fórmulas mágicas. ¿Trataba de desembrujar el mundo lúgubre y voraz de ese antro misterioso, o de elevar su miserable reptación al rango de una expedición científica?

No era de aquellos que se desaniman fácilmente. Tenía experiencia y, más aún, tenía fe en su latín de medicina. ¡Bravo Stanislav Albertovich, ya llegó! Logró deslizarse dentro de la ranura. Ahora bordea entre los guijarros glugluteantes. Se diría que se trata de odres de vino caliente, o mejor: de moluscos con pequeños tentáculos desagradables, pequeños palpos que oscilan sobre sus frágiles pedículos. Los rebasó, tras arrancar de paso algunos palpos —tanto peor si el molusco sangra—, y al fin alcanzó su meta. Ahí se detuvo, tembloroso de emoción ante el panorama pasmoso que se le ofrecía.

En una vasta llanura acariciada por el sol florecían bergamotos azul pálido.

—¿Entonces? ¡En fin, diga alguna cosa!

Radiante, Stanislav Albertovich se precipitó hacia mí para cubrirme con sus besos babosos.

—¡Felicidades! ¡Felicidades! ¡Está usted encinta!

Una emoción de anciano. Bajo el choque de esta noticia, ni

siquiera reaccioné. Manchas negras flotaban frente a mis ojos. No aullé, no rodé por tierra; me abstuve aun de desvanecerme. Prendida al brazo del sillón ginecológico, recibí el golpe digna y sumisa, como una verdadera religiosa, como una reina.

Mi corazón palpitaba, traspasado por el agujijón del terror, oprimido por una lasitud mortal. Después se estremeció y se detuvo. El sudor goteaba a lo largo de mi espinazo. Con las piernas en el aire decía adiós a la vida. Por otra parte, ¿se puede llamar a esto una vida? La vida, la verdadera, me había dado la espalda como a una criminal hacía ya un año. Persiguiéndola, me había perdido en bosques vírgenes y en barrios miserables en donde el hombre civilizado aún no había puesto los pies y en donde raros temerarios habían desaparecido sin dejar trazas.

Rechacé el algodón con amoníaco —¡no, gracias!— y miré a Stanislav Albertovich recto a los ojos, sin ocultarle mis sospechas. ¿Por qué tenía que enternecerse? ¿Qué le importaba? ¡Viejo cabrón! ¿Crees que ya se me olvidó? No he olvidado nada, ¡nada! ¡Tengo buena memoria! ¡Me acuerdo bien de tu declaración el día que me arrastraron por el lodo! ¡Dijiste que yo no quería tener un hijo en un país sin libertad! ¡Me llamaste “abuela del aborto ruso”!

Pero, apaleada por la noticia, me callé. En fin, cuando digo “la noticia” no hay que creer que caía de las nubes completamente: una mañana, al despertar, reconocí ese gusto en mi boca. Fue una primera alerta. Y así, eso me jalaba hacia abajo, como antaño, cuando, riendo con indiferencia, olvidaba el peligro y me volvía a hallar encinta. Sin embargo, conservaba

una esperanza, ¡pues eso no podía ocurrir! ¿No todos me habían afirmado: "Nunca más"? Y el primero de todos: Stanislav Albertovich. Todavía lo veo con su aire compasivo y sus gestos lastimosos, en medio de las otras batas blancas. Por entonces le grité desde lo alto del sillón ginecológico: "¡No vale la pena llorar por mí, pues de todas maneras no tendré un hijo en un país sin libertad!" En pocas palabras, no tenía ninguna razón para dudar de su diagnóstico y, por imprudente, abandoné dispositivos, píldoras, limones y otros pedazos de jabón, y me arrojé al agua desdeñando cualquier salvavidas...

No hay nada que decir. ¡Un médico como Stanislav Albertovich no se encuentra en cualquier parte! Aun si tiene ciertas inclinaciones... en fin, usted ve lo que quiero decir. Xenia me había advertido antes de conocerlo. Era en el alba de la miel de nuestra amistad, en la época en la que aún no se había vuelto una Francesa que rugía en la noche con su coche rosa. Sólo tenía un Jiguli canario, y fue en ese Jiguli en el que me llevó a casa de Stanislav Albertovich. Por el camino me previno acerca de sus inclinaciones, las cuales, según ella, sacaban a sus pacientes de su letargo desesperado.

¿Qué me impediría hoy recurrir a los servicios de Stanislav Albertovich? Es un cabrón, ¿y qué? Rechacé sus besos babosos y su pedazo de algodón con amoníaco. Al verme tan débil ya cantaba victoria, sonrosado como una jovencita y cantando de gozo. No escapé a un sermón en favor de la multiplicación de la especie humana: era un milagro tan extraordinario como para convocar a un simposio y mostrar a todo el mundo la jugada que nos hizo nuestra pilluela, nuestra gata traviesa. Y yo: "¡Abajo las manos!" Retiró lentamente sus manos, pero no se separó. Sus mejillas temblaban de risa. ¡Ay, Stanislav Albertovich, infatigable desolvador de vaginas, viejo muchacho que perdió la vista en la tarea, incapaz de despegar el ojo de la cerradura! ¡Déjeme, pues, bajar de este sillón! ¿Se acuerda de mi primera visita, por recomendación de Xenia? Tenía llagas dolorosas. ¡Ese día me pellizó los pechos con toda impunidad, protegido por la medicina! ¡Entonces era una alegre muchacha! Déjeme descender de este tiovivo diabólico que me lleva derecho al pabellón de los horrores y de las tinieblas. Perdón, pero quisiera ponerme mi calzón. ¡Atrás! Como dice el proverbio, Stanislav Albertovich, es uno incorregible; sólo la tumba puede volver derecho a un jorobado. Pero en nuestro caso, añadí en voz muy baja, es más bien el jorobado el que volverá derecho a la tumba, y de ahí mis escalofríos y el aguijón del terror en mi corazón, pero no dejé ver nada y me vestí como si no hubiera pasado nada.

¡Ah, ahora que ya tengo mi calzón me siento mejor!

—Felicítame tanto como quiera, aun si yo no veo muy bien por qué.

—¿Cómo que no ve por qué? ¿Cómo? Mi pequeña, ya no es usted una niña, ¿no se da cuenta de que se trata de un milagro? El diagnóstico era formal: esterilidad completa...

—Esterilidad que, por otra parte, me venía muy bien —lo interrumpí.

—¡Jamás creí y jamás creeré en eso, pues no es sino su estoico sistema de autodefensa, mi pequeña!

—Se equivoca! ¡Si le contara lo que hay abajo del milagro rápidamente cambiaría de opinión! Sería usted el primero en

exigir que se asfixie al "milagro" en el huevo. Por otra parte, no pido algo mejor y obtendría sentencia favorable, de preferencia con su ayuda, querido.

—Si comprendo bien, es el padre el que pone problemas. Disculpe, ¿pero es un demente?, ¿un alcohólico?, ¿un desconocido?

—¡Peor!

¡Y toc! Turbado, embrutecido, Stanislav Albertovich se quedó pensativo unos instantes. Pero acabó por encontrar el uso de la palabra:

—¿Un negro?

Mi alma tiritaba de terror, pero estallé en risa como si me hicieran cosquillas. Sin embargo, a decir verdad no temo las cosquillas, o no demasiado, en todo caso, sin que por esto me gusten, como a Rita, que las pide porque le provocan no sé qué casto placer. Es joven la pequeña Rita, y no la juzgo. Después de todo, ¿por qué no hacerle cosquillas si eso le gusta? No va a tardar, mi Rita. "¿Ya has estado con un negro?", me preguntó una vez. "No, confesé sin desvíos, yo soy propia." Rita tuvo un pretendiente martiniqués, Jöel, negro, pero cuidado: con un pasaporte francés. ¡Ella se la chupaba! Una vez que se fue le envió una postal de la Martinica con un lago y palmeras frondosas. No le había gustado nuestro país, escribía, porque hacía demasiado frío y no hay carnaval. Rita estaba loca de rabia y desde entonces sólo lo llama "sucio ingrato".

—No, Stanislav Albertovich, un negro no. ¡Peor!

—¿Peor? ¡Eso no existe!

No dije nada. Después de la jugada que me había hecho, mi confianza en él se había visto disminuida.

—Bueno, ya no hablemos más del asunto —respondí.

Me ofreció un cigarrillo.

—¿Puedo darle un consejo, mi pequeña?

Levanté los hombros, pero él no prestó ninguna atención.

—No está obligada a escucharme. Es usted una celebridad. El mundo entero la conoce por la prensa y las ondas. Sin duda tiene amigos, protectores y consejeros. (Lo vi venir de lejos, ¡oh qué resbaloso es ese terreno!) No es un viejo chapado a la antigua como yo, apenas bueno para retirarse a su *datcha*...

Yo ignoraba que tuviese una y me dije: cabrón propietario, se enriqueció con las lágrimas y las enfermedades de las mujeres. Incluso fuma cigarrillos de lujo...

—¿En dónde está su *datcha*?

—En Kratovo.

Comencé a darme cuenta: una región de Judas. Israel a las puertas de Moscú.

—No tengo ningún derecho a mirar su vida tumultuosa y apasionante. Sin embargo —añadió en voz baja—, tuve ocasión de contemplar algunos detalles deslumbrantes en una revista especializada (no chisté, pero levanté las cejas), una revista que aprecio mucho. Estoy lleno de admiración, de entusiasmo puro y simple, aun cuando, gracias a Dios (un suspiro ruidoso), he visto otras. No estaba solo, por otra parte. Había conmigo algunos amigos cercanos que me trataron de farsante desvergonzado cuando les dije que yo le ofrecía a usted mis servicios, médicos por supuesto. ¡Y aun más que eso! Bajo el efecto de nuestra inmensa admiración, testificamos con orgullo y confusión algunas tumefacciones involuntarias. Comprendí-



mos entonces, querida niña, que sus encantos eran mucho más eficaces que ciertos *gadgets* extranjeros. Mis amigos, que tienen espíritu de síntesis, concluyeron que podríamos rebasar a Occidente en este dominio de la misma manera. ¡Seamos patriotas!

Imaginé la honorable compañía, con tirantes y perilla, agrupada en torno a una mesa, lupa en mano, para contemplar la golosina servida en papel satinado, mientras que en ese momento la golosina llevaba su pesada cruz.

—Basta de bromas, Stanislav Albertovich —dije, despechada, aunque un poco halagada—. ¿Yo una celebridad? ¡No me haga reír! ¡Una vida apasionante y tumultuosa! Sepa que a causa de toda esta historia vivo en una madriguera como rata de iglesia y ya no oso mover una pata por miedo a ser devorada.

—También entre nosotros aprenderemos un día a apreciar la belleza —masculló Stanislav Albertovich con un aire soñador mientras que tamborileaba con sus dedos sobre la mesa.

Sin duda se preguntaba por qué mi belleza no podía servir a la patria, por qué, al contrario, era desviada en beneficio de las potencias extranjeras. Dijo que encontraba ese estado de cosas lamentable, dejando entender al azar que eso podría cambiar.

—¡Daría toda mi celebridad, todo este ruido, toda esta agitación —grité con cólera— por una vida mullida en familia, bajo el ala protectora de un marido al que le lavaría los pies en un balde antes de dormir!

—Eso es precisamente lo que le digo —retomó el viejo cabrón muy contento—. Tenga a su hijo y lávelo en una pequeña bañera; edúquelo, es suyo. Su padre se borrará, porque eso es lo que merece.

—No sabe lo que dice —objeté tristemente y me decidí a hacerle la pregunta de frente, como a un especialista—: Stanislav Albertovich, ¿recuerda mi olor? Se turbó un instante y comprendí que había visto con precisión.

—¿Qué quiere decir, mi pequeña?

¡Como si no se hubiese extasiado muchas veces con mi aroma único, legendario, semejante al de la flor de la bergamota! “La gama de los olores, decía riendo, es propiamente sorprendente, aunque no siempre halagadora para mis pacientes: vapores de ciénaga, olores de pescado frito...” Pero también está el olor de Xenia: el de los champiñones que se compran caros en el mercado. Así huele esta mujer de rostro enérgico e inteligente.

¡Xenia! ¡Xenia! Te escribo y tengo la impresión de que estás

muy cerca. Tengo nostalgia de ese instante en la playa de Koktebel cuando, al levantar los ojos de una novela francesa, me miraste con franca curiosidad, como las mujeres jamás miran a las mujeres, y saludaste mis encantos sin la menor rivalidad. Fui conquistada. Sin la sombra de una intención oculta, sentí de inmediato el flechazo por las palabras y los objetos que te rodeaban, aun por ese libro francés de cubierta roja y blanca, que era ya, lo comprendí más tarde, cuando nos volvimos amigas, un gusto anticipado de nuestra futura separación, el lejano rayo y los relámpagos que un día harían de ti una aventura internacional, casi una espía.

"A veces hay especímenes notables", tenía la costumbre de decir Stanislav Albertovich. "¿Me sigue, pequeña? Ciertas huelen a eneldo o, por ejemplo, o saúco."

En aquella época le respondía: "¡Fruslerías! Todas huelen igual." Expresamente lo contradecía. Pero en lo que toca a los hongos disecados, ¡no se equivocó! ¿Por qué, pues, adoptaba hoy esta voz falsa, por qué evitaba responder cuando lo había puesto al pie del muro al gritarle que yo olía a podrido, que apestaba como si mi vientre estuviera lleno de viejas arpilleras? Stanislav Albertovich reconoció que había notado el cambio de olor.

—La bergamota no puede florecer siempre, es preciso que dé frutos.

Creía evadirse con ese exabrupto imbécil. Estallé en lágrimas allí mismo, frente a un Stanislav Albertovich consternado que, sin embargo, sabe de lágrimas femeninas y de pedos pavorosos que se escapan cuando estamos posadas sobre el tióvivo diabólico. Pero Stanislav Albertovich es también un amigo que me ha ayudado más de una vez sin dolor ni desvío. Un traidor igualmente. Después de haberme denunciado, el cobarde me esperó discretamente sobre la acera de enfrente con un largo paraguas negro, pues llovía. Y se desparramó en excusas: "Perdóname, pequeña, no tenía elección, me obligaron", al mismo tiempo que trataba de besarme la mano. Y yo: "No era difícil forzarlo. ¡Déjemel!", y me fui a casa de mi abuelo, en donde me esperaba un escándalo de otro género.

Stanislav Albertovich comprendió que era grave, que no se trataba de un negro, sino de una cosa francamente innombrable, y que corría el riesgo de nuevos problemas. Me miraba con el semblante descompuesto. Dejé de llorar y aun lo tranquilicé. Quería calmarse, pero era preciso que le dijera todo claramente.

—De acuerdo, adivinó, ¡se trata de un negro!

Ya no me creía.

—No quiero un hijo, ¿entiende? No quiero un muchacho, no, sobre todo, una muchacha, ¡pues no quiero que sufra! ¡Ni muchacho, ni osito, ni cochinito! ¡Los pañales, el bacín, las noches en blanco no me dicen nada!

—Es su última oportunidad, mi pequeña.

—¡Ni modo, no lo quiero! ¡Y es mi última palabra!

¿En dónde está Rita? ¿Dónde se arrastra?

Está decidido, me haré bautizar. Mañana le hablaré de esto al padre Veniamin. Sus ojos respiran la gracia, sus pestañas le descenden hasta las mejillas. Se lo dije a Stanislav Albertovich y me preguntó:

—¿Se hará bautizar católica?

—¿Por qué? ¿Es usted católico?

—Lo fui, en mi infancia. Ahora ya no soy nada. Aun si el papa es polaco.

Stanislav Albertovich es polaco, nacido en Lvov y un poco judío en todos los aspectos.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué no vive en Polonia?

—Las circunstancias. No conozco la lengua.

—¡Entonces usted no es un verdadero polaco!

—Mi abuela era una verdadera polaca.

—¡No! —dije, haciendo volar mi larga falda como un ala de pájaro—, ¡no! Yo soy ortodoxa, y no por moda, como algunos amigos que se hacen bautizar, al igual que a sus hijos, y traen ropas de bautismo de Hamburgo. Una auténtica. Resiento el dolor de haber abandonado a Dios.

—Pues bien —dijo Stanislav Albertovich—, comprendo su impulso espiritual, pero no es un poco contradictorio con... Lo que quiere hacer no es muy ortodoxo.

—¿Qué sabe de eso?

Propuso, sorprendido:

—¿Otro cigarrillo?

Respondí:

—¿Estamos de acuerdo en principio?

—Esperemos quince días. No hay prisa.

¿Por qué esperar? Él ignoraba que me había convertido en el campo de batalla de fuerzas superiores.

Fue en ese instante cuando Stanislav Albertovich, como tocado por una revelación sobrenatural, me preguntó si verdaderamente había tenido alguna cosa que ver con la muerte de Vladimir Sergueievich.

—Leí un extraño artículo intitulado "El amor". No entendí nada excepto que en el momento de su muerte ustedes estaban frente a frente. Acláreme si me equivoco.

—¡Es más que confuso ese artículo! Ni siquiera yo misma podía encontrarme, a causa de la niebla. De cualquier modo, Vladimir Sergueievich se apagó con toda dignidad.

—Sí—dijo, meneando la cabeza—, estaban muy perplejos. Fue preciso que llevaran a cabo su sucia encuestita. Me mezclaron con este asunto. Un día le contaré... ¿No me odia, mi pequeña?

—Borremos el pasado.

Continuó, pensativo:

—No todas las mujeres pueden vanagloriarse de haber visto morir sobre su seno una época entera... —y de pronto exclamó—: ¡Esperel! ¿El hijo será de él?

Me traspasó con la mirada. Se podía haber dicho que era un médium. Me gusta tener, a mí también, un fuerte campo magnético, pero debo confesar que me turbó. Él mismo respondió a su pregunta:

—¿Qué digo! ¿Cuándo se murió? ¿En abril? Y estamos...

Detrás del vidrio se veía caer la nieve mojada; nosotros nos reflejábamos adentro.

—No habría ningún mal en tener un hijo de tal hombre. discúlpame, mi pequeña, estoy dislocado.

—Hay otros hombres —dije, con una sonrisa en mis labios glaciales y lívidos.

¡Rital! ¡Al fin estás aquí! ¡Bravo! ¡Trajiste champaña! Vamos a beber, a festejar y a morir, si la muerte viene. ◇